

El Emilio: niño y educación*

MARTHA SOLEDAD MONTERO GONZÁLEZ**
msjero94@gmail.com

Recepción: 24 de abril de 2009
Aprobación: 08 de junio de 2009

* Este artículo forma parte de un proyecto de investigación de tesis doctoral cuyo objetivo es trazar la genealogía de la noción moderna de Pedagogía, partiendo del presente, y cuyo referente histórico se puede situar con el nacimiento de "El Emilio" en 1762. Lo que significa que se harán distintos cruces con los discursos pedagógicos, que circulan en el campo de la educación desde 1976, para la educación básica y 1980 para la educación universitaria, tiempos de reformas educativas determinantes en Colombia.

RESUMEN

En el presente artículo se pretende mostrar la trayectoria propuesta por Rousseau para hablar de la concepción de niño y de la concepción de educación en su obra "El Emilio". Esta obra, publicada por Juan Jacobo Rousseau, en 1762, centra su preocupación en la educación del individuo, cuyo referente está en la formación del niño durante su infancia, su adolescencia y su juventud. Afirma que todo "está bien en el niño al salir de las manos del autor de la naturaleza y que todo degenera en las manos del hombre" (Rousseau, 2008:8). Con esta afirmación se da inicio, en este texto, a la trayectoria recorrida por Rousseau a propósito de su concepción de niño y de educación. Él concibe al niño como un ser natural, al señalar que la educación procurada por el hombre, en general, es un contrasentido. Puesto que el mismo hombre se preocupa más de "doblegar, desfigurar y apartar" (4) al niño de sí mismo, contrariando su naturaleza mediante el mecanismo de la autoridad, que debe satisfacer sus necesidades para complementar lo que le hace falta.

Palabras clave: educación, edad, desarrollo, naturaleza, niño.

ABSTRACT

This article tries to present the trajectory proposed by Rousseau to explain the conception of the child and the conception of education in his work *Emile*. That book, published by Jean Jacques Rousseau, in 1762, focuses the author's concerns on individual education, based on the formation of the child during his/her childhood, adolescence, and youth. He states that "Everything is good as it leaves the hands of the author of things; everything degenerates in the hands of man" (Rousseau, 2008:10). This statement sets the starting point for Rousseau's conception of the child and education. He conceives the child as a natural being, remarking that the education obtained by man, in general, is a contradiction, since man is more concerned with breaking in, disfiguring and separating the child from himself, opposing his nature by means of the mechanism of authority, instead of satisfying his necessities and complementing that which is lacking.

Key words: education, age, development, nature, child.

*Los de mayor prudencia se atienen a lo que necesitan saber los hombres,
sin tener en cuenta lo que pueden aprender los niños.
Buscan siempre al hombre en el niño,
sin considerar lo que éste es antes de ser hombre.
Rousseau.*

INTRODUCCIÓN

Este artículo de reflexión muestra el trayecto sobre la concepción de niño y de educación, que sigue el autor en sus desarrollos filosóficos en el tratado pedagógico, conocido como “El Emilio”, publicado por Juan Jacobo Rousseau en 1762. Allí, él centra su preocupación en la educación del individuo, cuyo referente está en la formación del niño durante su infancia, su adolescencia y su juventud, hasta convertirse en un hombre libre, un ciudadano, y un individuo independiente.

Entre otros enunciados centrales, se encuentra aquel que afirma que todo "está bien en el niño al salir de las manos del autor de la naturaleza y que todo degenera en las manos del hombre" (Rousseau, 2008). Con esta afirmación se da inicio en este texto a la trayectoria recorrida por Rousseau a propósito de estas concepciones. De ahí que la pretensión de este escrito es la de trazar de manera general, las líneas genealógicas que determinan su pensamiento pedagógico, señalando los enunciados que en el transcurso de su obra, van conformando el modo como el autor de “El Emilio” concibe el concepto de niño, de educación y el tipo de relación que establece con las nociones de naturaleza, de hombre y de cosas.

Por ello, se aclara que la selección bibliográfica tiene como referente principal y casi único “El Emilio”, dado que se trata de sacar a la superficie de este discurso pedagógico los grandes enunciados que Rousseau (1981) produce acerca de concebir al niño como un ser natural, señalando que la educación procurada por el hombre, en general, es un contrasentido, puesto que el mismo hombre se preocupa más de "doblegar, desfigurar y apartar" (Rousseau, 2000:4) al niño de sí mismo contrariando su naturaleza, mediante el mecanismo de la prohibición y de la autoridad, que de satisfacer sus necesidades complementando lo que le hace falta.

Bajo esta consideración, (Rousseau, 2000:10) entiende la educación como un efecto de la relación que se conforma entre el niño y su naturaleza, el niño y los hombres, el niño y las cosas. Tal que, en la medida que la naturaleza tiene que ver con el desarrollo interno de las

facultades y de los órganos, el hombre tiene que ver con la educación, en tanto enseña el uso que se hace de esas facultades y de esos órganos y con las cosas, porque enseñan lo que la propia experiencia da a conocer, aunque se privilegie la relación del niño con las cosas. En este sentido Deleuze señala que Rousseau:

En una de sus más recientes tesis, explica que el hombre es bueno en estado de naturaleza, o al menos no es malo. No se trata de una proposición nacida de los buenos sentimientos ni de una manifestación de optimismo; es un manifiesto lógico extremadamente preciso. Rousseau quiere decir que el hombre, tal y como podemos imaginarlo en estado de naturaleza, no puede ser malicioso, porque las condiciones objetivas que hacen posible la malicia humana y su ejercicio no existen en tal estado. En el estado de naturaleza, el hombre se encuentra en relación con las cosas, no con otros hombres (salvo de manera fortuita). "Los hombres probablemente se atacarían si se encontrasen unos con otros, pero raramente coinciden. Reina en todas partes el estado de guerra, pero la tierra entera permanece en paz" (Deleuze, 2005:396). El estado de naturaleza no es solo un estado de independencia, sino también de aislamiento. Uno de los temas constantes de Rousseau es que la necesidad es un factor de agrupación, no solamente no reúne, sino que, al contrario, aísla. Debido a nuestras limitaciones, nuestras necesidades, en estado de naturaleza, alcanzan una especie de equilibrio necesario con nuestros poderes, adquieren una suerte de autosuficiencia (71-72).

Entonces, las necesidades, el desarrollo de las facultades, el uso que se hace de ellas y el conocimiento de los objetos a través de la experiencia, se relacionan según Rousseau, en función de un mismo fin, de acuerdo con unos mismos puntos de vista y mediante una serie de lecciones. El autor considera determinante esta combinación para educar bien al niño; las necesidades, el desarrollo de las facultades y el conocimiento de los objetos a través de la experiencia, conforman tres tipos de educación, distintas entre sí.

Las necesidades permiten comprender que el ser de la naturaleza no depende de nosotros. El desarrollo de las facultades muestra que no se trata de pensar la naturaleza en tanto objeto, que los hombres no son los dueños de la educación, como se supone; y el conocimiento de los objetos configura un tipo de relación con las cosas, favoreciendo la construcción de la experiencia. Rousseau, frente a estas distinciones, se pregunta ¿quién se puede esperar que ha de dirigir por completo los razonamientos y las acciones de todos, cuando a un niño se acerque? ¿cuál es el propósito de la educación en tanto arte? (Deleuze: 9-10).

Él responde a la primera pregunta al hablar sobre la concurrencia de las tres educaciones: la de la naturaleza, la de los hombres y la de las cosas (experiencia) y precisa cómo la educación dada por los hombres y por la relación que el niño establece con las cosas debe dirigirse a la educación que se debe dar, siguiendo el orden de la naturaleza del niño.

Entendiendo que cuando él hace referencia al orden y al dominio de la naturaleza, está hablando de la naturaleza del niño en cuanto su modo de ser natural, es decir, de acuerdo con lo que el niño es en tanto niño. En ese sentido, nos presenta su concepción de edad como un estado natural de la vida, marcada por una serie de cambios, por los que el niño necesariamente pasa durante sus periodos de crecimiento, desarrollo y formación. Acerca de la segunda pregunta, responde que si bien la educación es un arte, es casi imposible su logro, y ella solamente es posible conseguirla a fuerza de diligencia:

[...] puesto que de nadie pende el concurso de causas indispensables, para él. Todo cuanto puede conseguirse a fuerza de diligencia es acercarse más o menos al propósito; pero se necesita suerte para conseguirlo. ¿Qué propósito es este? El mismo que se propone la naturaleza; esto lo hemos probado ya. Una vez que para su recíproca perfección es necesario que concurren las tres educaciones, hemos de dirigir las otras dos a aquella en que ningún poder tenemos. Pero, como acaso tiene la voz de naturaleza una significación sobrado vaga, conviene que procuremos fijarla (Deleuze, 2005:9).

En esta dirección, en el libro primero Rousseau teoriza y reflexiona sobre la noción de sensación, sobre la relación que establece el niño con los objetos sensibles, sobre la manera como se ejercita su cuerpo y como se entrenan los sentidos durante la infancia, con el propósito de que aprenda a conocerse a sí mismo.

En el segundo libro, se preocupa por dar a conocer lo que, piensa sobre la relación de los sentidos con el conocimiento y la instrucción del niño y cómo se forma la razón sensible o pueril, de tal forma que pueda llegar a ser capaz de ejercitar la razón y el espíritu.

En el tercer libro, desarrolla los conceptos de utilidad y pensamiento, situándolos como los ejes centrales sobre los que se identifica la necesidad de la educación del niño, basada en la elección de un oficio y en la formación de las facultades para pensar.

Y por último, en el libro cuarto y en el libro quinto, precisa que la educación del joven tiene que ver con su formación en tanto ser activo, un joven pensador y un hombre capaz de dar cuenta de la relación consigo mismo, con los demás y con la sociedad.

Con estas precisiones, el presente artículo pretende mostrar la trayectoria propuesta por Rousseau en su obra “El Emilio”, para hablar de la concepción de niño y de la concepción de educación. Para esto se hace una aproximación conceptual a los principios, reglas y

nociones centrales desarrolladas, según este propósito, en los cinco libros de este tratado sobre pedagogía.

Primera educación

En términos precisos, la educación del niño, dice Rousseau, permite cultivar hábitos y no costumbres, puesto que la naturaleza de los hábitos está dada de acuerdo con la naturaleza del niño; es decir, con su propio modo de ser, alterando aquello que tiene que ver con la sensibilidad y con la inteligencia. Son los hábitos los que constituyen la naturaleza del niño, mientras la sensibilidad, las sensaciones y los juicios acercan al niño a la idea de felicidad o de perfección. Idea proveniente de la razón (Deleuze, 2005:12).

Ello se da en relación directa con las disposiciones de simpatía o de antipatía en las que entra el niño en su relación con las cosas. Situación tendiente al fortalecimiento y al crecimiento de su sensibilidad y de su inteligencia. Disposiciones primitivas, dice Rousseau. De ahí que afirme las distinciones y no las contradicciones de las tres educaciones propuestas.

Si estos tres tipos de educación entraran en una relación de oposición, el niño no se educaría para "sí propio" (Deleuze, 2005:12) sino para los demás, rompiéndose, de esta manera, la relación armónica que existe entre la naturaleza del niño, la educación de los hombres y la relación con los objetos de la experiencia.

Por ello, se trata o bien de elegir entre formar a un hombre o a un ciudadano, o bien de elegir formarse para ser uno mismo y a la vez hombre y ciudadano; elección imposible, según el autor, si se da en una relación de oposición entre naturaleza (modo de ser de los niños) e instituciones sociales, como de hecho se presenta.

Ahora bien, el niño en relación con su educación, durante la primera infancia:

Aprende a hablar, con acento y con tono.

Aprende a comer, para ser robusto y sano.

Aprende a andar, relacionando el cuerpo con el movimiento.

Hablar, comer y andar, se aprenden al mismo tiempo. Cuando el niño habla, debe preocuparse más de acentuar las palabras y de usar el tono correspondiente según situaciones específicas, que aprender su significado y su uso convencional. Debe aprender a comer saludablemente, para que se forme robusto y sano; además debe aprender a andar, en la medida que conecta el cuerpo con el movimiento y dirige su fuerza y necesidades.

La educación primera es la que más importa, y ésta sin disputa le compete a las mujeres; si el autor de la naturaleza hubiera querido fiársela a los hombres, les hubiera dado leche para criar a los niños. Así, en los tratados de educación se ha de hablar especialmente con las mujeres, porque además de que pueden vigilar más de cerca que los hombres, y de que tienen más influjo en ella, el logro les interesa mucho más, puesto que la mayor parte de las viudas se quedan a merced de sus hijos, entonces les hacen experimentar los buenos o los malos frutos de la educación que les han dado. [...] Una madre quiere que su hijo sea feliz y que lo sea desde el momento actual. En eso tiene razón; cuando se equivoca en los medios, conviene desengañarla. Mil veces más perjudiciales son para los hijos la ambición, la avaricia, la tiranía y la falsa previsión de los padres, que el cariño ciego de las madres (Deleuze, 2005:8-9).

Así, la enseñanza tiene que ver con el oficio de vivir, es decir, con aprender la diferenciación entre bien y mal, con el alimento, con las inclinaciones y con las obligaciones, con la relación de uno para sí mismo y con la utilidad de la educación.

El estado natural de los hombres, el oficio de los padres, la sabiduría, la limpieza, el baño, la higiene, el movimiento en relación con el cuerpo y sus cuidados, construir experiencia y vestirse son las primeras sensaciones del niño. Su aprendizaje, se realiza según una lenta graduación y una buena dirección.

En ese sentido, el niño es pensado como un gran depósito, que nace con la capacidad de aprender. De tal manera que al nacer empiezan sus necesidades y se le puede considerar, de hecho, un discípulo. La educación, entonces, debe formar en este primer momento, un niño robusto, sano, bien conformado, que empiece a distinguir y a diferenciar; alegre, vivaz, activo y expresivo.

Rousseau señala, a propósito del lenguaje, la importancia de estudiar a los niños, y para ello recomienda volver a aprender cómo ellos, ingresan al lenguaje y sus significaciones. Nos dice que cuando el niño habla en propiedad se acaba la infancia; es decir, cuando habla y sabe el significado de lo que dice, el niño ya no es un infante; es en este punto, cuando el niño inicia su vida individual. A medida que va adquiriendo conciencia de sí mismo, va adquiriendo conciencia de su identidad:

Todos nuestros idiomas son obras de arte. Por espacio de mucho tiempo se ha indagado si había alguno natural y común a todos los hombres; sin duda que lo hay, y es el que hablan los niños antes que sepan hablar. No es una lengua articulada, pero sí acentuada, sonora, inteligible; la práctica de las nuestras nos la ha hecho abandonar de modo que enteramente nos hemos olvidado de ella. Estudiemos a los niños y con ellos pronto la volveremos a aprender. En esta lengua las nodrizas son maestras; todo cuanto dicen sus hijos de leche lo entienden, les responden, tienen con ellos conversaciones muy seguidas; y aunque

pronuncian palabras, son voces absolutamente inútiles, porque no es la significación de la palabra la que ellos entienden, sino el acento que las acompañan (Deleuze, 2005:52).

Ahora bien, en cuanto a la relación niño-educación, los niños tienen un lugar en el orden de las cosas. Rousseau dice que su identidad ni le permite a los hombres ni a las instituciones sociales, considerarlos seres morales. La educación debe enseñárselo, situándolos en ella de acuerdo con su condición de vida. Por tanto, es necesario comprender que la razón enseña, la acción compromete y la edad conduce; las tres máximas de la educación entendidas como el espíritu de las reglas.

La edad de la razón

En un segundo momento, Rousseau muestra la diferencia que existe en términos de criterios y de prácticas en la educación dada al niño en la ciudad y dada en el campo. Aquí, es importante tener claridad sobre algunos criterios en la educación del niño. De ellos se afirma la mezcla o combinación de todo en la vida, nada hay puro en ella, ni permanece en ese mismo estado. En estas condiciones de la vida, convertidas en criterios para la educación, se reconocen: la continuidad, el cambio y la modificación del cuerpo y del movimiento en los niños y se hace visible la relación deseo-facultades.

La relación condición natural-facultad, deseo-necesidad, realidad-imaginación, límite-infinitud, debilidad-fuerza, produce los elementos propios de la vida y de las situaciones problemáticas que los niños deben aprender a afrontar; mientras en la formación se debe comprender el mundo de los niños y su relación con la vida, donde todo es inmediato, finito y presente.

En este orden de ideas, dice Rousseau, la educación en la edad de la razón implica formar el libre albedrío del niño, dado que él quiere hacer su voluntad, educar al niño para la libertad y para que proceda por acciones, mediante estrategias que estorben o limiten los efectos de sus mismas acciones, nunca a través de castigos, de prohibiciones, de preceptos y de excesos de rigor:

El único que hace su voluntad es el que para hacerla no necesita de auxilio ajeno; de donde se infiere que el más apreciable de los bienes no es la autoridad, sino la libertad. El hombre verdaderamente libre sólo quiere lo que puede y hace lo que le conviene. Esta es mi máxima fundamental; trato de aplicarla a la infancia y veremos derivarse de ella todas las reglas de educación (Deleuze, 2005:78).

En lugar de prohibiciones y de castigos, o de preceptos y de autoridad, se debe proceder a educarlo más por lecciones de la experiencia, haciéndole notar su impotencia, dándole la

oportunidad de saltar, correr y gritar cuando quiera. Ya que la educación establece un equilibrio entre extremos, ella se da entre y por el medio de estos extremos. Puesto que el niño no se resiste a las lecciones que provienen de la naturaleza y de su modo de vivir.

En tanto, se considera al niño un déspota, no debe ser educado para complacerlo en todo o para negarle todo, debido a que estas actuaciones le forman ideas de dominio, de tiranía o de servidumbre:

¿Cómo pensaré yo que un niño poseído así de rabia y devorado de las más irascibles pasiones, pueda ser nunca feliz? ¡Feliz él! Es un déspota; es, a la par, el más vil de los esclavos y la más miserable de las criaturas. Niños he visto educados de esta manera que querían que de un empujón fuera derribada una casa, que les dieran la veleta que hay en lo alto de una torre, que parasen la marcha de un regimiento para oír más tiempo los tambores y que atronaban el aire con sus gritos, sin querer escuchar a nadie, así que tardaba en complacerles. En vano se esforzaban todos en contentarles, irritándose sus deseos con la facilidad de alcanzarlos; se empeñaban en cosas imposibles, y en todas partes solo hallaban contradicciones, estorbos, penas y dolor. Riñendo siempre, siempre rabiando, siempre revoltosos, se les iba el día en gritar y lamentarse. ¿Eran unos seres venturosos? Reunidas la debilidad y la dominación, sólo engendran miseria y locura. De dos criaturas mimadas la una golpea la mesa y la otra manda azotar al mar; mucho tendrán que golpear y que azotar antes de vivir contentos (Deleuze, 2005:84).

Ahora bien, los niños educados según castigos y mimos pueden formarse débiles, pues el criterio de formación se sitúa en los extremos, y pueden formarse fuertes cuando se establecen los límites, si se les educa según su naturaleza, en el sentido de seguir su modo de ser y no en el sentido de que haga lo que quiera. El autor de “El Emilio” recomienda que los niños se críen en el campo y no en la ciudad.

De esta manera se enseña a los niños el uso de la libertad en la infancia, para desviarlos de los vicios propios de la esclavitud. No se trata de aplicar métodos. Escucharlos y aprender de la naturaleza de ellos es aprender aquello que es propio del modo de ser de los niños; por ejemplo, correr, sentir, explorar, probar, actividades que les permite entender que puede conseguir lo que quiere sin pedirlo.

Por ello, es determinante educar al niño en el uso de la fuerza, de la necesidad, de la impotencia y de la precisión. No se educa a los niños para las obligaciones, los deberes, la obediencia y los mandatos. En la edad de la razón la educación debe hacer que ellos solo se muevan según su relación con las cosas sencillas.

De ahí que la obra maestra de una buena educación consiste en formar un hombre racional, sin pretender educar a los niños por la razón; esto sería empezar por el fin y querer que el hombre o el niño sean instrumentos de ellos mismos. A los niños se les inicia en su educación a partir de las sensaciones, haciendo que los niños sean niños antes de llegar a ser hombres y procurando que ellos puedan valerse de la fuerza con los mismos niños y puedan valerse de la razón con los hombres. Ese es el orden natural. El sabio no necesita leyes.

En consecuencia, la necesidad de los niños no la contiene la autoridad. La necesidad de las cosas establece el límite, no la mala voluntad de quienes lo rodean. La libertad bien aplicada, continúa Rousseau, es el instrumento por excelencia de la verdadera educación, pero, siempre y cuando, esté fundamentada en la experiencia, sin lecciones verbales, sin imposiciones ni castigos, sin culpa, sin perdón y sin enseñar ni virtud ni verdad:

Puesto que con la edad de la razón empieza la servidumbre civil ¿para qué hacer que a ella preceda en la servidumbre privada? Consintamos que haya un instante en la vida exento de este yugo que no nos impuso la naturaleza, y dejemos a la infancia el uso de la libertad natural que, a lo menos por algún tiempo, la desvía de los vicios que se adquieren en la esclavitud. Vengan esos institutores severos, esos padres esclavos de sus hijos; vengan unos y otros con sus frívolas objeciones, y antes de alabar sus métodos, escuchen y aprendan de la naturaleza (Deleuze, 2005:84).

Por el contrario, al alumno se le educa según su pasión natural. Él aprende por amor a sí mismo, según su naturaleza. De ahí que la libertad guíe la acción de ejercitar su "atolondramiento", porque puede que el niño obre mal pero bajo la condición de no producir daño. Eso requiere que se le aleje de los vicios del corazón y de los errores del ánimo.

Con el ejercicio del cuerpo, de los sentidos y de las fuerzas del niño, se logra mantener ociosa su alma, el mayor tiempo posible. Esta es la principal y la más útil regla de la educación: perder el tiempo en lugar de ganar tiempo. De ahí que valga más formar hombres de paradojas y no hombres de preocupaciones.

El tiempo más precioso de la vida, dice Rousseau, es el que va del nacimiento del niño hasta los doce años. Bajo esta consideración, la educación progresa de manera natural. Lo que implica entender que la primera educación debe ser negativa en el sentido de no enseñar ni virtud ni verdad.

Respetad la infancia y no os apresuréis a juzgarla ni para bien ni para mal. Dejad que se anuncien, se prueben y se confirmen largo tiempo las excepciones, antes que para ellas adoptéis métodos particulares. Dejad que obre largo tiempo la naturaleza, antes de meteros a obrar en su lugar, no sea que impidáis la eficacia de sus operaciones. Decís que conocéis lo que vale el tiempo, y no le queréis perder, y no echáis de ver que

más se pierde usándole mal que no empleándole, y que más lejos está de la sabiduría un niño mal instruido, que uno que no lo está nada. ¡Os asusta el verle consumir sus años primeros en no hacer nada! ¡Cómo! ¿No es nada ser feliz? ¿No es nada saltar, jugar y correr todo el día? En su vida estará tan ocupado. [...] Asustaos poco esa pretendida ociosidad. ¿Qué diríais de uno que por aprovecharse de toda la vida no quisiera dormir? Diríais: es un insensato; no goza del tiempo que se le quita, y por evitar el sueño corre a la muerte. Pensad que aquí sucede lo mismo, y que es la infancia el sueño de la razón (Deleuze, 2005:115-116).

Educar al niño en la obediencia implica relacionar la amenaza y la fuerza o las promesas y los halagos. Así, se educa a los niños en la mentira, en el engaño, en la confesión y no en la razón. Debido al “temor del castigo, la esperanza del perdón, la importunidad, el aturdimiento en las respuestas, es posible formar hombres intimidados y fastidiados”.

Esta enseñanza les forma caracteres hechos para el disimulo, la falsedad, el embuste, susceptibles a las recompensas y a evitar el castigo, acostumbrándolos a encubrir con “un motivo aparente otro secreto y a satisfacer a los otros con palabras vanas”. Dice a este propósito que para lograrlo:

[...]. La educación peor es dejarle que fluctué entre su voluntad y la vuestra y que disputéis sin cesar cuál de los dos ha de ser el amo, mas quisiera que lo fuera él siempre. [...] Muy extraño es que desde que se ocupan los hombres de la educación de los niños, no hayan imaginado otros instrumentos para conducirlos, que la emulación, los celos, la envidia, la vanidad, el ansia, el miedo, todas las pasiones más peligrosas, las que más pronto fermentan y las más capaces de corromper el alma, aun antes de que esté formado el cuerpo a cada instrucción precoz que quieren introducir en su cabeza, plantan un vicio en lo interior de su corazón; institutores faltos de juicio, piensan de buena fe que lo aciertan, cuando los hacen malos por enseñarles qué cosa es la bondad; y luego nos dicen con magistral gravedad: ese es el hombre. Sí, ese es el hombre que vosotros habéis formado (Deleuze, 2005:91).

Una consideración para tener en cuenta, con este modo de educar a los niños, según Rousseau, es la de conocer bien el genio del niño, para saber qué régimen moral le conviene. Para ello, no propone métodos de enseñanza en el sentido de seguir pasos, etapas, grados y procedimientos sistemáticos. Tampoco pretende demostrar científicamente su punto de vista, ni le interesa instrumentalizar sus concepciones y nociones de educación ni de conocimiento, ni concebir la educación como un asunto de derechos y de obligaciones.

Más bien, considera que lo que enseña la educación es la experiencia, la idea de propiedad, en tanto cosa propia. El principio de propiedad hace referencia al término de pertenencia en relación con la acción. Principio y término que es necesario explicárselo al niño.

De igual manera, señala la necesidad de evitar la mentira y el engaño. Sin olvidar lo que tiene que ver con la soledad de la infancia y con la aparente facilidad con que aprende el niño. Lo que implica también entender lo que es aprender, y aprender no es usar la memoria ni el raciocinio.

Por el contrario, de lo que se trata es de formar en el niño un principio activo que le permita establecer enlaces, conexiones y relaciones, llegando posteriormente a juzgar actuaciones según criterios, prácticas y decisiones por sus consecuencias, efectos y causas.

Ello, en función del lugar que ocupa el niño, para que una vez le corresponda, tome posición frente a las situaciones de la vida y lo haga cuando sea capaz de relacionarse con los demás y con la sociedad. Por tanto, es inútil, por ejemplo, pretender enseñarle, a los niños geometría, hasta que no sepan comprender, razonar y hacer uso del entendimiento.

Agrega, que es un error querer enseñarles historia, no porque saber historia no sea importante, sino porque se enseña en el sentido del pretendido conocimiento de la ciencia. Lo mismo que pretender que ellos aprendan mediante fábulas, como hace el "Señor Samaniego", del que dice Rousseau, es un burlador, un fastidio para los niños en su acercamiento a la lectura. Señala:

Por un error todavía más ridículo, les hacen que estudien la historia, imaginándose que está a su alcance, porque no es más que una recopilación de hechos. Mas, ¿qué entienden por la palabra hecho? ¿Creen que se pueda separar el verdadero conocimiento de los sucesos del de sus causas, del de sus efectos, y que tan pequeño sea el enlace de lo histórico con lo moral, que pueda conocerse uno sin otro? Si en las acciones humanas no veis más que los movimientos externos y meramente físicos, ¿qué es lo que en la historia aprendéis? Nada absolutamente; y privado este estudio de todo interés, no les causa más gusto que instrucción. Si queréis apreciar estas acciones por sus relaciones morales, tratad de que entiendan vuestros alumnos estas relaciones y veréis entonces si es la historia para su edad (Deleuze, 2005:120).

Por el contrario, lo que se requiere es que el niño aprenda el deseo de conocer. El deseo de saber en qué dirección debe poner en juego la voluntad, la cual Rousseau entiende como una facultad. A este propósito Paolo Virno dice, en "El recuerdo del presente" (2003), un ensayo sobre el tiempo histórico, que "Es conocido que Rousseau elaboró el concepto fundamental de su filosofía política utilizando una facultad existencial, la voluntad, la cual, de todas las facultades, siempre parece la más íntima, personal, secreta. Rousseau habla de voluntad general".

En este sentido todo método será bueno para el niño si lo conduce por este camino. Rousseau se pregunta a propósito: ¿para qué le servirá la lectura a los niños, cuando se hayan aburrido para siempre de leer? En cambio, ejercitar su cuerpo hace que los niños sean robustos, sanos y racionales. Ello, requiere que el cuerpo del niño trabaje, corra, grite, se sienta en movimiento para que “siempre sea un hombre por el vigor y llegue a serlo por la razón”.

Entonces, ejercitar su cuerpo, ilustrar su entendimiento, hacer crecer su fuerza y su razón, son condiciones para obrar sin apegos, atendiendo la ley de su voluntad, razonando para poder actuar en la vida y aprendiendo a calcular riesgos y consecuencias de sus actuaciones.

De allí Rousseau establece que existen dos tipos de alumnos: el alumno salvaje y el alumno campesino. El primero es alumno según su naturaleza y el segundo es alumno de la ciudad. El alumno salvaje es autosuficiente, tiene criterio para juzgar, es previsor, racional en todo lo que tiene relación inmediata con él, obra y actúa, está en movimiento, es buen observador y construye una experiencia según las reglas del mundo en que le ha tocado vivir. Salvaje, según Rousseau, no quiere decir sin contacto con la cultura, con la sociedad, con los demás y con la civilización.

En oposición al alumno salvaje, el alumno campesino relacionado con el mundo de la ciudad y sus requerimientos y exigencias sociales, obra según preceptos, lo que lo forma obediente, triste, irreflexivo, tonto, torpe, miedoso y cobarde.

En síntesis, en este segundo momento Rousseau considera que la educación de los niños, entre los seis y los doce años, está marcada por las sensaciones hasta la última frontera de la razón pueril, precisando que cada edad, cada estado de vida es perfecta y conveniente.

Un niño formado a los doce años, sabe más por la experiencia que por la memoria, leyendo mejor en la naturaleza que en los libros, que no entiende, dice Rousseau. Su entendimiento no está en la lengua sino en la cabeza. Tiene menos memoria y más discernimiento. Se entiende lo que el niño dice cuando habla, expresando sus ideas y conduciéndose de acuerdo con sus inclinaciones.

El niño entiende los asuntos de la libertad por su sentido de pertenencia, su identidad y según los signos convencionales, y no por las nociones morales; sabe qué es bueno y que es malo, expresa el autor, porque no debe hacer daño a los demás, para que no se lo hagan a él. Sabe que lo suyo es suyo y lo ajeno no es suyo. De ahí que no comprenda los asuntos

relativos a la autoridad y a la obediencia. Si le pides un favor, el niño lo hace con diligencia y gusto, dice el autor.

Todos los hombres son iguales para el niño y él confía en los otros, actuando por potencia con relación a él mismo, lo que hace de un niño educado de esta manera, y según su modo de ser natural, un ser ligero, ágil y listo. Se puede decir que un niño a los doce años ha llegado a la madurez.

Elegir un oficio y educar para pensar

Rousseau inicia el libro tercero diciendo que no se trata de que el niño lo sepa todo, sino únicamente lo que se considere útil. Es importante que un alumno entienda el significado de la palabra útil. La educación del niño, entre los trece y los quince años, tiene que ver con la elección de un oficio y con la formación de las facultades para pensar.

En la educación de un niño, enfatiza Rousseau, la única autoridad que se admite es la experiencia, para advertirle sobre sus errores. Así una educación graduada y previsiva le permite a los niños escoger sus ocupaciones, luego de conocerse a sí mismo lo bastante como para entender que graduación tiene que ver con el hecho de entender en qué consiste su bienestar, saber lo que le conviene y lo que no, conocer la diferencia que existe entre trabajo y diversión, comprendiendo que ser feliz implica saber qué es la felicidad. Tal que entienda que ella se funda en no padecer y está constituida por la salud, la libertad y lo necesario.

Los niños pequeños son bulliciosos, luego curiosos y, gracias a ello, es posible distinguir sus inclinaciones de sus opiniones. Para ello, las preguntas deben conducirlos a soluciones. Dado que el niño es un ser pensativo, y no preguntón, es necesario acostumbrarlo a sacar de sí mismo sus instrumentos y no enseñarlo a recurrir a otras personas. El instinto, las facultades y las actividades del cuerpo se desarrollan, el espíritu se instruye.

Cuando el niño comprende cuáles son sus "insuficiencias" aprende a observar, para saber relacionarse y conversar acerca de los objetos inmediatos y cercanos, y para poder realizarse. Sabe que es preciso guardar silencio para que piense, esté atento, observe, entienda y comprenda, inquietándose e impresionándose sobre, por ejemplo, ¿cuál es la causa de la sucesión día y noche, y no cuándo es de día y cuándo es de noche? Analizar y sintetizar se consideran una la prueba de la otra.

Como siempre lentamente de idea sensible en idea sensible, como nos familiarizamos mucho tiempo con una misma antes que pasemos a otra[sic], y, finalmente, como nunca obligamos a nuestro alumno a que esté atento, mucho habrá que andar desde esta primera lección hasta conocer el curso del sol y la figura de la tierra; mas como todos los movimientos aparentes de los cuerpos celestes se basan en el mismo principio, y la primera observación conduce a todas las demás observaciones, menos cuesta, aunque sea necesario más tiempo, llegar desde una revolución diurna al cálculo de los eclipses, que entender bien la causa de la sucesión del día y de la noche. [...] Puesto que gira el sol en derredor del mundo, describirá un círculo, y todo círculo debe tener un centro, ya eso lo sabemos. Este centro no podremos verlo, porque está en lo interior de la Tierra; pero en su superficie podemos señalar dos puntos opuestos que le correspondan. Un asador que pase por los tres puntos y se prolongue hasta el cielo por una y otra parte, será el eje del mundo y del movimiento diurno del sol. Una perinola redonda que ruede, representará el cielo rodando sobre su eje; las dos puntas de la perinola son los dos polos. El niño tendrá mucha satisfacción en conocer el uno; muéstrelo en la cola de la Osa Menor. Ya tenemos diversión para las estrellas. Y de aquí nace la primera afición de conocer los planetas y observar las constelaciones (Rousseau, 2000:211-222).

En esta edad el principio fundamental de la educación es inspirarle al niño una afición por pensar acudiendo a su voluntad, dándole a conocer los métodos para que aprenda. Aclara el autor que no es el maestro el que debe aplicar métodos de enseñanza.

En este momento no hay tiempo suficiente para que el niño lo aprenda todo, por tanto, es imprescindible que el maestro entienda, por ejemplo, que no se trata de enseñarle ciencias, sino que es más importante, poner atención a los motivos de sus preguntas más que a sus palabras. De allí que se aprenda a apreciar el valor del tiempo.

Otro principio de la educación en esta edad consiste en tener claridad sobre las ideas que el niño se forma sobre el Estado, lo que se constituye en un motivo de su instrucción, cuidando que las ideas que excedan su capacidad de pensar, se ignoren.

De igual manera, hacerle preguntas es enseñarle a que también las haga, hablando con acciones y sólo decir aquello que no se puede hacer. Lo malo no es que el niño no entienda, sino que crea que entiende. Bajar al hombre al estado del niño implica no hablar de cosas cuya utilidad no pueda ver, ni hacer comparaciones con otros niños.

También es importante que no se favorezcan relaciones de rivalidad ni de enfrentamiento. Ni rivales ni contrincantes. El niño aprende poco a poco a reflexionar y a meditar, y no puede aprenderlo mediante celos y vanidad.

De ahí, que la buena educación, como la nombra Rousseau, señala cada año los progresos que hace el niño y esos progresos se comparan con los que el mismo niño logra al año siguiente. En tanto, es preciso que "el niño trabaje como un rústico y piense como un filósofo" (Rousseau, 2000:265). Todo el misterio de la educación se cifra en los ejercicios del cuerpo y del ánimo y ellos sirven de desahogo uno del otro.

Toda la diferencia entre educación e instrucción, dice Rousseau, radica en que nuestro alumno reconozca sus sensaciones, tenga y forme ideas como resultado del enlace sensación y juicio, según relaciones reales conformadas por un entendimiento sólido. Así entender estas relaciones como son, forman en el niño un entendimiento justo.

Cuando el niño aprende a valorar mal las relaciones en las que vive, se forma un entendimiento torcido y si éstas se fundamentan en relaciones imaginarias, sin realidad, ni apariencia y sin comparación, puede considerársele loco o un niño simple. Por ello, en el decir de Rousseau, la mayor o menor aptitud para comparar ideas, es lo que constituye en los hombres mayor o menor entendimiento (Rousseau, 2000:265).

Las ideas sencillas son sensaciones comparadas, por ello hay juicio en las sensaciones simples, lo mismo que en las sensaciones complejas. Rousseau entiende las sensaciones como ideas y precisa, en consecuencia, que en la sensación el juicio es pasivo, mientras que en la percepción el juicio es activo. El niño de quince años ya es capaz de aproximarse a pensar, comparar y determinar relaciones que no dependen de los sentidos.

En síntesis, Emilio (niño) "no es un salvaje que ha de ser relegado a un páramo, sino un salvaje destinado a vivir en las ciudades. La mejor manera, según Rousseau, de aprender a juzgar con acierto, es la que conduce más a simplificar nuestras experiencias, formando una idea conforme a la verdad (Rousseau, 2000:268).

Entonces, Emilio ha sido educado según un espíritu universal, unas facultades que hacen posible que adquiriera conocimientos, cuenta con un espíritu instruido, sabe para qué sirve lo que sabe y por qué, y conoce las relaciones esenciales del hombre con las cosas.

También sabe generalizar aunque haga pocas abstracciones, viendo cualidades en el conocimiento, como por ejemplo, las medidas de extensión e intensificación a través de figuras y signos, aprendiendo a abstraerlas; conoce las cosas por sus relaciones, sabe "valuar" (valorar, evaluar) apreciando lo útil del oficio que ha escogido en tanto arte del artesano, pero nunca opina. Con las "luces", con el conocimiento y con la verdad se prepara el espíritu de los niños. Emilio acaba de cumplir quince años (Rousseau, 2000:268).

Conciencia de sí mismo, de los demás y de la sociedad

A partir de los quince hasta los dieciocho años, el joven sabe que el mundo de las pasiones naturales es limitado y éstas deben considerarse instrumentos de la libertad. Así, las fuentes de las pasiones son el amor a sí mismo, pero conforme al orden de la naturaleza del niño. En esta edad el hombre adquiere conciencia de su sexo, de la amistad, de los hombres y de la sociedad.

La adolescencia es la edad en la que el joven sabe qué es la conmiseración, la clemencia y la generosidad. A los dieciséis años el niño/joven sabe lo que es sufrir, dado que es la edad de los afectos y de la sensibilidad; es decir, afirma Rousseau, se va haciendo humano porque cuenta con la sensibilidad del alma, puesto que la verdad de los afectos tiene íntima conexión con lo justo de las ideas. El niño conoce solamente el placer y el dolor.

Emilio al ser educado debe poseer la habilidad de recapacitar, enternecerse y reflexionar ante el dolor. En cambio, sus impresiones determinan el juicio que de ello se forma, procediendo según sus puntos de vista y no por su relación con los objetos mismos. Las imágenes y las lecciones son las fuentes del conocimiento. El ardor adolescente no es un impedimento para la educación, por el contrario, por éste se perfecciona y se perfila, puesto que se convierte en el "asidero" del corazón de un joven (Rousseau, 2000:307).

Es necesario, entonces, según lo expresa Rousseau, prolongar lo más posible esta edad. La indisciplina de los alumnos es atribuible a los maestros por su obsesión por los sermones, por su falta de dirección, por su oposición, por su "insufrible autoridad" y por su hostigamiento (Rousseau, 2000:308).

En efecto, en esta edad, la educación del joven tiene en cuenta sus afecciones, en tanto, éstas son las riendas para dirigir sus movimientos al formar vínculos con los otros con quienes el tiene intimidad y con quienes se identifica por su modo de pensar y de sentir. En ese sentido, él va formando sus nociones sobre el individuo y sus nociones sobre la humanidad según el criterio que nos anima a saber que lo que nos hace bien lo amamos (Rousseau, 307).

Para ello, el joven debe tener claro que es lo que se debe a sí mismo y cómo establecer vínculos con los otros (Rousseau, 2000:307). Así, surge la amistad como un contrato que exige reciprocidad en la libertad de elección. De esta manera, el joven actúa de acuerdo con dos pasos que debe seguir: en el primer paso atiende las voces de la conciencia y en el segundo paso ingresa al orden moral. Cuando de las voces de la conciencia y de los afectos de amor y de odio, nacen las nociones de bien y de mal, se le hace ver que justicia y bondad no son palabras abstractas, son afecciones del alma determinadas por la razón (310).

En la misma dirección, Rousseau dice que la enseñanza de los hombres, se da por sus diferencias, sin separarlos de la política y de la moral. De ahí, que, en la educación del joven, se estudia la sociedad por los hombres y los hombres por la sociedad. Este criterio lo que hace en el joven es volverlo "independiente y libre por la moderación de su ánimo y no por la fuerza de sus brazos" (Rousseau, 2000:312).

Por lo tanto, enseñarle la noción de humanidad, de sociedad y de hombre, es enseñarle que esas nociones son producto de las obras y de las acciones que se registran a través de la historia y se piensan a través de la filosofía, construyendo caminos para pensar y para discernir. Así se sabe lo que son ellas y lo que quieren parecer, es decir, en cuanto más pretendan encubrirse más las conocemos.

De la historia se aprende más por los pueblos que se multiplican que por los que se destruyen, afirma el filósofo. Es necesario, entonces que cuando se eduque al joven, en estos aspectos, se tenga cuidado de mostrarle cómo "la historia y la filosofía calumnian sin cesar el linaje humano". Las obras, las acciones y los hechos, se conocen, más que por sí mismos por las razones que los producen.

Puesto que el niño ya se ha educado, la instrucción de la juventud se debe ceñir a reglas particulares, no a generalidades, ni a leyes. La instrucción enseña al alumno a juzgar no a ser juzgado por ella y a saber que la lectura necesita discernimiento por parte del joven.

De aquí que la educación, la formación y la instrucción impliquen dieciocho años de cuidados, con el objeto final de "conservarle recto el juicio y sano el corazón":

Ciertamente, con las naturales disposiciones del alumno, si el maestro escoge con un poco de tino y de prudencia sus lecturas, y si le sugiere un poco de reflexiones que de ellas ha de sacar, será para él este ejercicio un curso de filosofía práctica, ciertamente mejor y más bien hecho que todas las vanas especulaciones con que embrollan en las aulas el entendimiento de nuestra juventud. Cuando después de haber escuchado los novelescos proyectos de Pirro, le pregunta Cineas qué utilidad real le habrá de traer la conquista del mundo, que no pueda sin tanto afán disfrutarla, entonces sólo vemos nosotros un dicho agudo; pero Emilio verá en él una discretísima reflexión, que hubiera él igualmente hecho, y que nunca se borrará de su ánimo, porque no halla en este ninguna otra preocupación contraria que pueda estorbar su impresión. Cuando luego, leyendo la vida de ese insensato, halle que todos sus vastos designios vinieron a parar en morir a manos de una mujer, en vez de maravillarse de este pretendido heroísmo, ¿qué otra cosa ha de ver en todas las proezas de tan ilustre capitán, y en todas las arterias de tan consumado político, que otros tantos pasos en busca de la malhadada teja que con ignominiosa muerte debía acabar con sus proyectos y su vida?

[...] los verá correr hasta ahogarse, sin llegar nunca a la meta; los verá semejantes a aquellos viajeros inexpertos que por primera vez atraviesan los Alpes, y a cada montaña piensan que se los dejan atrás, y cuando a fuerza de fatiga han trepado a la cumbre, encuentran desalentados que se les oponen montañas aún más altas que las ya pasadas (Rousseau, 2000:312).

Formado el joven Emilio en una filosofía práctica sin especulaciones, en una lectura escogida con "tino y prudencia", en una reflexión "sin ánimo de opinión vulgar" (Virno, 2003:320), se consigue que al final de esta edad sea un hombre discreto, ilustrado, que desea su felicidad y sabe cómo proporcionársela:

Muy pocas personas son capaces de comprender el efecto que en el espíritu inexperto de un joven pueden producir lecturas dirigidas de esta manera. Cargados con libros desde nuestra infancia, acostumbrados a leer sin pensar, nos hace menos impresión lo que leemos, pues como ya tenemos dentro de nosotros las pasiones y las preocupaciones de que están llenas las historias y las vidas de los hombres, nos parece natural todo cuanto hacen, porque estamos fuera de la naturaleza y por nosotros juzgamos a los demás. Pero representémonos a un joven educado según mis máximas; figurémosnos a mi Emilio, con quien hemos empleado diez y ocho años de cuidados continuos, sin otro objeto que conservarle recto el juicio y sano el corazón; figurémosnos que, al levantar el telón, pone por la vez primera la vista en la comedia del mundo, o más bien que colocado detrás de la escena mira a los actores ponerse y quitarse sus trajes y que cuenta las cuerdas y poleas, cuya torpe apariencia engaña los ojos de los espectadores. Muy en breve, al primer asombro se seguirán en él afectos de vergüenza y de desdén de su especie; se indignará contemplando a todo el linaje humano, hecho irrisión de sí propio, envileciéndose con estos juguetes de criaturas; se afligirá al mirar que se hacen pedazos sus hermanos por sueños, y que se convierten en fieras por no haberse sabido contentar con ser hombres (Rousseau, 2000:320).

En vista de estas consideraciones, según Rousseau, un hombre que sabe escuchar consejos por su propio bien, sabe que el espíritu formado le permite ver en el conocimiento la medida de las posibilidades (realización) del niño, del joven y del hombre. Un hombre al que ni de niño ni de joven se le enseñó religión (Rousseau, 2000:342).

El joven Emilio, a sus dieciocho años, se observa a sí mismo y a los demás, devolviéndose sobre sí mismo. Sabe cuál es su sitio en el mundo, deseando ser él mismo y no deseando ser otro. Aprende de sus errores y aprende a corregirlos juzgando solamente lo que conoce, siendo consciente de lo inevitable de la aversión y de la ilusión, pero también, se sabe capaz de luchar contra estas afecciones, interesándose por sentir y conocer los hombres y contar con criterios de imparcialidad para juzgarlos (Rousseau, 2000:329).

Al bastarse a sí mismo, concibe como el mayor mal de los hombres la servidumbre. Toma el vivir su salud y su constitución robusta, como una ventaja y un producto de la educación. Reconoce que el amor propio es un instrumento útil y extensivo a los demás, apreciando, como producto de su educación, su modo de ser, su modo de ver y su modo de sentir en relación consigo mismo, con los demás y con la sociedad. En la medida que es capaz de corregirse, gracias a su experiencia, sabe respetar a los demás y siente confianza en la sociedad.

“El Emilio”, escogido por Rousseau, es un niño inventado por él para poder educarlo, formarlo e instruirlo. Emilio es un niño rico, huérfano (sus padres no están muertos, pero no se hacen cargo directamente de su educación). Su parto y nacimiento fue feliz, ha sido considerado un niño robusto, bien conformado y sano. Es un niño que no está sujeto ni a los médicos ni a los sacerdotes ni a los filósofos. Tiene nodriza. Tiene ayo. Está bien alimentado y bien vestido. Vive en el campo aunque algún día vivirá en la ciudad.

CONCLUSIONES

En contexto, se puede sintetizar que, según esta concepción, el niño educado a la manera de Rousseau se diferencia realmente de aquellos que reciben educación en las instituciones sociales. La educación que recibe Emilio está en relación directa con su propia naturaleza, en tanto, ésta es el referente de la formación de su modo de ser, de su modo de ver y de su modo de sentir.

El autor en mención sitúa la educación real frente a una educación ideal. Esmerándose en detalles que muestran la cercanía, la proximidad y la vecindad del niño con un mundo abierto, inmenso, complejo y variable en términos de relaciones de dualidad, de relaciones de binariedad y de relaciones de correspondencia. Se opone a que al niño le sea presentado un mundo estructurado por extremos, sean estos extremos las consideraciones límites, los criterios radicales o los juicios verdaderos o falsos.

Sin embargo, es preciso tener clara una precisión presente en todas sus afirmaciones con relación a la concepción de niño. Él habla de lo que trata la naturaleza del niño en sí mismo. Cuando hace referencia a su estado natural, no está diciendo que el niño nace para ser educado en un paraíso natural de color verde, rodeado de árboles, aire puro, tierra virgen y grandes montañas, sin relación con la cultura o con la civilización y en condición de primate salvaje.

Por el contrario, para Rousseau educar al niño, según su naturaleza, implica para Rousseau proveerlo de las herramientas más eficaces para que pueda vivir y vivir bien, libre y feliz en un mundo que no está hecho ni para el bienestar, ni para la felicidad ni para la libertad.

Y la herramienta que por excelencia le permitirá al niño y al hombre lograr la vida que haya ideado para sí, es la educación; en tanto se la entiende como un campo de formación de un modo de ser, de la formación de una voluntad, de la formación del deseo de saber y de conocer y de la formación de criterios y de reglas con las que ha de conducirse en el mundo de las relaciones afectivas y sociales.

En todo caso, es enfático en precisar que cuando se refiere a la naturaleza del niño, lo hace bajo el supuesto de que se entiende por esta un cierto estado de la vida del hombre, en este caso, un estado de la vida que incluye ser niño, la que se constituye en objeto de las acciones del hombre y de la sociedad.

Dado que una de las pretensiones del hombre y de la sociedad es la de educar a los niños, tratando de cambiarles su modo de ser por todos los medios posibles, es importante que aquí se entienda que lo posible sólo existe si algo es realizable y no entender posibilidad como algo utópico, como lo señala Rousseau en “El Emilio”; buscando que ellos se asemejen a los adultos, se desnaturaliza la concepción de niño y de educación, sin consideraciones frente a las necesidades, pasiones y pensamientos del niño en este estado de su vida.

El niño se concibe según su propia naturaleza, la que no puede ser ignorada si se trata de formarlo de acuerdo con ella, procurando alejarlo de aquellas condiciones de vida que lo conducen a ser un esclavo, no solamente de los otros sino de sí mismo.

En estas condiciones, la educación debe hacer de ella misma el mejor mecanismo existente en la vida de los niños y de los hombres, para que logren la libertad de su cuerpo, de su alma, de su pensamiento y de su acción.

Mientras que los preceptos se fijan en función de un ideal social de hombre y en esa dirección somete al niño a dejar de ser lo que es, mediante un conjunto de normas en el que el niño es incapaz de creer, por el ejemplo que se le da y por la actitud permisiva o autoritaria con que se le trata y se le enseña.

El autor de este tratado sobre pedagogía centra la determinación del niño educado en su voluntad, en su deseo, en su relación consigo mismo, de acuerdo con sus necesidades, con sus fuerzas y con sus inclinaciones.

Cuando se educa al niño, en tanto como es, la educación y la formación se preocupan de la razón y del espíritu del niño, mediante lecciones y no mediante moralejas, mediante su capacidad de elegir y de pensar y no mediante la sumisión, la esclavitud y los preceptos, y cuando el joven tiene conciencia de sí mismo, de los demás y de la sociedad, son los conocimientos y sus afectos (afecciones) los que se constituyen en objeto de su instrucción.

Del niño y del joven lo que interesa es lo que tiene que ver con los sentidos, con la razón, con los afectos, en relación con los otros hombres y con la sociedad. Vivir y criarse en el campo para los niños, según Rousseau, es una condición inicial que cambia cuando el niño crece, se desarrolla y madura.

Rousseau relaciona educación con formación y pedagogía, y no con instrucción. Le da relevancia a la voluntad sobre los preceptos, situando la naturaleza del niño como el referente de la educación y quitándole toda importancia a los métodos de enseñanza aplicados por los maestros. Considera que son los maestros los responsables de la mala educación de los niños, porque se preocupan más de hacerlos hombres según su propia idea del mundo, contraviniendo de esta manera el modo de ser natural del niño.

En síntesis, hasta aquí, en el primer libro muestra cómo se ejercita el cuerpo y los sentidos del niño. En el segundo libro, cómo se ejercita su razón y su espíritu y en el tercer libro señala la cuestión de la formación, en tanto se espera haber formado un ser activo y pensador. En el cuarto y en el quinto libro afirma cómo el niño completa su educación en tanto se ha logrado formar un hombre amable y sensible, es decir, como lo diría Rousseau, perfecciona la razón por el sentimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Deleuze, G. (2005). *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas. 1953-1974*. España: Pretextos.

Rousseau, J. (2000). El Emilio. Editado por elaleph.com . Copyright www. elaleph.com Disponible en línea [<http://www.educ.ar>. p. 8].

Rousseau, J. (1981). *El Emilio o de la educación*. Biblioteca EDAF 33. EDAF Madrid: Jorge Juan.

Virno, P. (2003). *El recuerdo del presente*. Buenos Aires.

** Estudiante del Doctorado en Ciencias de la Educación UPTC, Rudecolombia. Directora del grupo de investigación GrupLac. Docente e investigadora de la Universidad de La Salle, Facultad de Filosofía y Humanidades.